

La economía mundial en la crisis del neoliberalismo: algunos apuntes desde la alternativa venezolana¹

Haiman El Troudi

El nuevo escenario de crisis del neoliberalismo

Quizá por esas contradicciones de las que hablaba Marx, el lunes negro del 29 de septiembre, que ya pertenece a la lista de lunes críticos de terrible memoria, vino a llenar de luz la realidad del capitalismo de las últimas dos décadas. Un capitalismo durante demasiado tiempo enmascarado de mentiras, amenazas y silencios y presentado como la única solución posible.

Contradiendo una frase de Lincoln, nunca tan pocos engañaron a tantos tanto tiempo. El llamado *Consenso* de Washington se llamó consenso por su aceptación acrítica por los gobiernos del grueso del orbe. En el caso de América Latina, fueron los equipos económicos de los gobiernos de los años ochenta y noventa los alumnos más aventajados. Debemos recordar que fue la Argentina de Menem, hasta su hundimiento, el ejemplo favorito del FMI. Por su parte, le correspondió a Margaret Tahtcher definir su pensamiento económico como “pensamiento TINA” (*There is no alternative*, esto es, No hay alternativa). El fin de las ideologías del profesor del Departamento de Estado Francis Fukuyama, el auge de conceptos que cantaban el fin del conflicto social (globalización, gobernabilidad, gobernanza, transparencia) o la aceptación del liberalismo económico por parte de la socialdemocracia, sumando así a su asunción del liberalismo político el liberalismo económico (la llamada *tercera vía*) eran otros tantos hitos en ese paseo triunfal de lo que Susan Strange llamó *capitalismo de casino*.

Una de las victorias del neoliberalismo fue proscribir el pensamiento crítico bajo la acusación de arcaísmo, carecer de fundamento o ser reo de *teorías conspirativas de la historia*. Pero lejos de caer en esa marginación, las tesis críticas han ido ganando más y más adeptos. Joseph Stiglitz, afirmaba en medio del torrente de la crisis inmobiliaria norteamericana y poco antes de que arrastrara también al sector financiero:

*“El fundamentalismo de mercado neoliberal siempre ha sido una doctrina política que sirve a determinados intereses. Nunca ha estado respaldado por la teoría económica. Y, como debería haber quedado claro, tampoco está respaldado por la experiencia histórica. Aprender esta lección tal vez sea un rayo de luz en medio de la nube que ahora se cierne sobre la economía mundial”.*²

¹ Publicado en “Cuadernos Proletarios” Año 1, No. 1. Noviembre 2008. Ministerio del Poder Popular para el Trabajo y Seguridad Social.

² Joseph Stiglitz, “El fin del neoliberalismo”, en *El país*, 20 de julio de 2008.

¿Qué ha sido el neoliberalismo? En verdad se trata de un intento desesperado de recuperación de la tasa de ganancia tras la crisis de 1973. El neoliberalismo pretendió un nuevo acuerdo económico allí donde el *pacto* keynesiano había dado sólidas señales de debilidad a mediados de los setenta. La debilidad de la clase obrera, la falta de respuesta política de los partidos de la izquierda, la militarización del pensamiento y la dureza de la represión, así como la propia impotencia de los Estados nacionales ante una economía que se estaba globalizando dejó el camino abierto para la implantación del nuevo modelo.

Pero una pregunta quedaba abierta: ¿se trataba de una crisis *en* el modelo o una crisis *del* modelo? El neoliberalismo siempre obró como si se tratara de una crisis dentro de un modelo que aún era válido. Bastaría entonces con pequeñas correcciones. Se trataba, entonces, de una variante del llamado “capitalismo con rostro humano” que, como ahora sabemos, era por supuesto capitalismo pero no tenía rostro humano. Pero las soluciones dentro del capitalismo cada vez estrechan más su abanico. La suma de crisis que sorprendieron al mundo en 2008 –problemas alimentarios, incremento de la especulación, aumento de la inflación, crisis del sistema bancario, estallido de la burbuja inmobiliaria, etc.- permiten suponer que las contradicciones internas propias del sistema invitan a considerar el segundo escenario. Es decir, estamos ante una crisis *del* modelo. No se trata, sin embargo, de la enésima anunciación de la crisis definitiva del capitalismo, sino de la consideración de la imposibilidad del capitalismo de desarrollar su lógica sin agotar a las sociedades que lo sostienen. Las contradicciones inherentes al capitalismo de las que hablara Marx emergen cada vuelta de los años.

La crisis asiática de 1997 y 1998 puso en sobresalto al planeta. Como en un “efecto dominó”, terminaría desembocando en la bancarrota rusa. En América Latina golpeó primero a México con lo que se llamó el *efecto tequila*; Europa, más preparada por el avance de su integración regional, inició una fase de ajuste duro que permitiría entrar en el euro sin que Alemania, la gran financiadora de la Unión Monetaria, se viera muy perjudicada. No hay que olvidar tampoco el hundimiento del importante fondo *Long Term Capital Management*, así como tampoco el *default* argentino que postró a un país que había alcanzado niveles altos de desarrollo a los pies de la bancarrota y la depresión de todo un país. Vinieron después los diferentes rescates bancarios en diferentes países. No debe olvidarse el importante aviso de la quiebra de las empresas punto.com, un delirio especulador donde se pagaban cantidades enloquecidas por cabeceras de empresas que ni siquiera existían. Una vez más se solventó con una huida hacia delante. Luego vendría el estallido de la burbuja inmobiliaria: se concedieron nuevas hipotecas sobre casas ya hipotecadas, siendo la garantía de la nueva hipoteca la subida especulativa que habías experimentado las viviendas. Puro humo que tenía que terminar regresando al éter. Como es bien conocido, luego vendría la quiebra de ENRON y Arthur Andersen (grandes accionistas de la campaña de George Bush). Más cerca, llegaron el cierre de Lehman Brothers, de Merrill Lynch, de AIG, el rescate urgente de las empresas automovilísticas, etc. Visto desde América Latina, debemos entender que esa salida para la recuperación de la tasa de ganancia capitalista ha agotado sus tres principales recursos utilizados en las

últimas décadas: el endeudamiento público (que traslada el coste a las generaciones futuras y distorsiona la economía); el endurecimiento de los procesos que buscan obtener beneficios del Sur (algo imposible en la nueva correlación de fuerzas lograda a partir de la vía abierta por la República Bolivariana de Venezuela y su ejemplo exportado al resto del continente) y el uso intensivo de la naturaleza (algo igualmente agotado visto el incremento de las catástrofes naturales, las advertencias del Panel sobre Cambio Climático de Naciones Unidas y las quejas crecientes de las grandes aseguradoras, incapacitadas para cubrir catástrofes como los tsunamis, huracanes o tempestades.

El neoliberalismo articuló un acuerdo de garantía del orden social y un sistema de garantía de la reproducción económica. En términos gramscianos, logró articular un bloque histórico que garantizó la cohesión de los grupos dominantes y, al tiempo, la confianza social. Se cohesionaba así el ámbito de las ideas y de la conciencia, el poder del Estado y la acumulación económica. Pero fue en América Latina donde el esquema neoliberal empezó a hacer agua. El Presidente Chávez ha repetido mil veces cómo el neoliberalismo era cada vez más un “tigre de papel”. Tigre y, por tanto, con capacidad de hacer daño en su delirio, pero crecientemente carente de garras y dientes. El espectáculo de Nueva Orleans abandonada tras el Katrina por el Gobierno más poderoso del planeta fue una imagen clara de la gran farsa que escondía el modelo.

En la misma línea, el académico y Vicepresidente boliviano Álvaro García Linera, afirmaría que el neoliberalismo perdió en la frontera del cambio de siglo sus tres principales herramientas para construir la hegemonía. A través de procesos electorales perdió el Estado. A través de un incremento de la presión popular y de la organización del movimiento social y político, además de gracias a un creciente acuerdo entre el ejército y el pueblo, el neoliberalismo perdió también la calle. Su último bastión, la batalla de las ideas, representado por la hegemonía del pensamiento neoliberal (transmitido, por supuesto, por la CNN), terminó igualmente cayendo, hasta recibir su golpe definitivo con el crash del 29 de septiembre de este año, cuando el Estado, en el segundo paquete de reforma que aprobaría el Senado norteamericano, se arrogaba el derecho de intervenir en las empresas a las que les daba ayuda. Pese a que el salvataje fue el penúltimo acto de piratería del Gobierno de Bush, no tuvieron más remedio que renunciar a su credo de no intervención para que los senadores dieran su apoyo. El enfado del pueblo norteamericano ha ido creciendo y creciendo. Unos pocos no pueden seguir engañando a tantos todo el tiempo.

Se había roto, pues, con la rutinización del neoliberalismo, ese consenso que lo había vuelto intocable durante tres décadas. Al igual que ocurrió en 1917, la acción colectiva no suele esperar a los teóricos. Si, como escribió Gramsci, en Rusia se hizo una revolución “contra el capital” (cuestionando la teoría marxista de la revolución que pensaba que ésta se iba a dar en los países más desarrollados), en América Latina se hizo una revuelta contra el neoliberalismo pese a que todos los marcos teóricos hablaban de la imposibilidad de tal transformación. La

ciudadanía dejó de aceptar como correctas las ideas; se batió en la calle hasta convertirla en su territorio y, finalmente, alcanzó el poder del Estado a través de la vía electoral. En todos estos ámbitos, la Venezuela bolivariana ha estado abriendo camino, allanando el campo por donde después entrarían otros pueblos. Años de soledad, de enorme dureza pero que, contemplados desde la distancia, nos hacen sentirnos muy orgullosos de esta década acompañando a nuestra revolución. Mientras, Estados Unidos, enredado en la guerra de Irak y dirigido por la doctrina *neocon* (más preocupada por las relaciones con Israel y el mundo árabe que por el mundo latino) perdió su *patio trasero* y abrió una nueva senda hacia un mundo pluripolar. El momento de hablar del socialismo se ha tornado más urgente.

Tenemos que considerar aquí una tesis fuerte: **el colapso del neoliberalismo que estalló en septiembre de 2008 ha sido general**. Ha afectado, como decíamos, al campo alimentario, generando hambrunas en lugares del planeta que había solventado ese problema. Ha sido financiero, rompiendo con la confianza que es la base del sistema crediticio. Ha sido monetario, desatando procesos inflacionarios alimentados por la insistencia en la economía de casino. Ha sido inmobiliario, condenando a millones de personas en América y en Europa a convertirse en nuevos “sin techo”. También ha sido laboral, aumentándose las tasas de desempleo en prácticamente todos los países del Norte. Y también, y esto afecta a Venezuela, es energético, donde no debemos olvidar que un porcentaje alto del precio final del crudo se debe a las tensiones especulativas. El precio del petróleo bajará, estabilizándose entre los 80 y los 100 dólares. ¿Hay acaso que recordar las decenas de veces que el Presidente Chávez recordó que el precio justo del petróleo no debía superar ese tope?

Esta crisis global del capitalismo no significa, sin embargo, su fin. No porque no lo deseemos ni porque haya otra alternativa que socialismo o barbarie, sino porque ya hemos aprendido que su capacidad de adaptación es enorme. Lo que sí ha sido sepultado ha sido la economía de casino, la mentira neoliberal, el magisterio de Milton Friedman, de los Chicago boys, de Wall Street, de las agencias de calificación de riesgo, del mercado no regulado, de los capitales golondrina, de todo ese **fascismo financiero** que ha condenado a tres cuartas partes de la población del mundo a la exclusión.

El proceso bolivariano hacia el socialismo

Desde hace varios años estamos sentando **las premisas del socialismo en Venezuela**. Estas premisas son de variado signo. Por un lado son **históricas**. En nuestro continente se pueden identificar características comunes que comparten la frustración de sus metas históricas de independencia, justicia social, desarrollo socioeconómico y democracia popular. Todavía al comenzar el siglo XXI continuaban inalcanzadas las metas de una mayor independencia del capitalismo global e imperialismo, una mayor igualdad social, un mayor desarrollo relativo o la superación de una concepción de democracia “restringida”, “limitada”, o “tutelada”. Pero las premisas para buscar el socialismo también son **políticas**. De hecho, si

algo significa el esfuerzo colectivo de la Revolución Bolivariana es poner a “la política en el puesto de mando”. Esto nos enfrenta a la necesidad de avanzar en el análisis de los diferentes “modelos de socialismo”, de la misma manera que deja abierta la discusión acerca de la estrategia o modelo de transición. Las premisas **económicas** forman parte de lo más evidente del avance del proceso revolucionario. Tenemos como bases el nivel de desarrollo económico y social alcanzado, el creciente pago de la deuda social; los logros de la Revolución Bolivariana. En términos presupuestarios, los niveles de reservas de Venezuela son óptimos, habiéndose roto con el fraude que suponía mantener montos excesivos que sólo servían para mejorar las posiciones de los especuladores financieros (de cualquier manera, mantenemos un nivel de reservas que nos blinda frente a ataques de cualquier tipo).

En términos **financieros** hemos logrado romper con la dependencia que generaba la deuda externa. La política monetaria, guiada por el control de cambios, ha servido para romper con la debilidad gubernamental al respecto y el ataque que suponía la salida legal de dólares, con la consiguiente pérdida para el país. Los especuladores continúan su juego mortífero, amparados en un sistema internacional –precisamente el que ahora ha colapsado- que protege la delincuencia financiera y a los piratas de cuello blanco. Muy vinculado a la soberanía financiera está la **soberanía alimentaria**. Los esfuerzos hechos por el Gobierno del Presidente Chávez han sido descomunales. Este incremento de la superficie cultivable ha venido acompañada del incremento de la demanda popular, fruto del aumento de la renta que han alcanzado los sectores más pobres. Uno de los principales retos del Gobierno sigue siendo acompasar la elevación del nivel de vida con la reducción de las importaciones, camino del desarrollo endógeno que aumente nuestros niveles de soberanía. Detrás de todos estos logros del sector público está la recuperación del sistema energético, base del músculo financiero que sostiene las políticas públicas del Gobierno. Aún siendo cierto que la participación del sector público en el PIB venezolano está muy por debajo del de los países desarrollados (apenas llega al 30%, correspondiéndole el 70% restante al sector privado), se ha convertido en el gran impulsor de la economía nacional.

Desde la llegada del Presidente Chávez al Gobierno en 1998, el pago de la deuda social se convirtió en una exigencia. Los logros sociales de este Gobierno forman parte del orgullo de todos los bolivarianos y no hace falta insistir en ellos. Las Misiones dan cuenta de ello, al igual que el grado de organización política alcanzada por nuestro pueblo. La organización social y comunitaria, ese entramado que constituye la red que sostiene la Revolución Bolivariana, es la mejor vitrina de nuestros logros y de nuestras esperanzas.

El contexto internacional del proceso de transición socialista en Venezuela

Las respuestas a la crisis del keynesianismo pueden agruparse en cuatro grandes apartados³. (1) La salida neoliberal, basada en la reducción del sector productivo del Gobierno a través de privatizaciones, la desregulación laboral que incrementara la tasa de ganancia empresarial, y la liberalización aduanera que permitiera crear un gran mercado mundial al servicio de las transnacionales. (2) el modelo neocorporativo, propio de países como Alemania, que si bien pusieron en marcha procesos de cuestionamiento del Estado social, abrieron procesos de concertación social y de negociación para suavizar los efectos, al tiempo que el Estado se convertía en un socio empresarial y protegía sectores clave de la economía; (3) el modelo neoestatista, que podría entenderse como un capitalismo de Estado, que incluye la protección del núcleo económico del país pero que también establece criterios de eficiencia en el sector público; (4) y el llamado **neocomunitarista** (que coincide con lo que estamos desarrollando en Venezuela) y que apuesta por una vía contraria al neoliberalismo, empodera a la población y fomenta la libre asociación de trabajadores, crea propiedad social, apuesta por el valor de uso, cree en el comercio justo y sienta las bases para un sistema fiscal justo (donde se pague en virtud a la riqueza que se posee).

Vemos que los países como Venezuela que han seguido modelos rumbo al socialismo se ven menos amenazados por la crisis mundial, si bien en una economía global ningún país queda fuera del terremoto desatado. Pero en el ámbito de América Latina las perspectivas que se abren son aún más importantes. La caligrafía china escribe la palabra crisis con dos ideogramas, “peligro” y “oportunidad”. La crisis norteamericana va a terminar de inclinar a América Latina hacia la izquierda. La desestructuración actual de México, prácticamente insostenible, va a agravarse con la crisis del vecino del Norte. López Obrador, quien fue despojado de su victoria en las últimas elecciones, regresará pronto a regir los destinos del gran país. Los países que han apostado por Tratados de Libre Comercio con EEUU van a sufrir las urgencias de la economía del voraz vecino del Norte. Es un momento para que Nuestra América se reencuentre en un nuevo rumbo que quiere caminar hacia el socialismo.

En este escenario, el conflicto con los EEUU es inevitable, pero ya no puede ser bélico. Sólo desde la más estricta demencia podría ocurrírsele al desahuciado Bush poner en marcha una invasión de nuestro país. Sin embargo, y como ya hemos visto, no hay que descartar otro tipo de desestabilizaciones en países de la región que logren romper este nuevo rumbo. De ahí que los avances alcanzados en la integración regional sean el mejor escudo contra cualquier arremetida del imperialismo herido. Es ahora cuando se ve con nitidez la lúcida tarea internacional del Presidente Chávez, así como el esfuerzo generoso que ha conducido a la creación de la UNASUR, a la reformulación de la OEA, y, por supuesto, a los acuerdos con los países del ALBA.

³ Bob Jessop, *El futuro del Estado capitalista*, Catarata: Madrid, 2008.

Aspectos de una estrategia socialista bolivariana

La Revolución Bolivariana es un proceso de “características propias”, siguiendo el legado de Mariátegui de construir un socialismo que no fuera “calco ni copia” de los foráneos. De hecho, la confrontación con el imperio en América Latina y el Caribe ha sido bien diferente a la que tuvo lugar en Europa. Si allí pudo denominarse “guerra fría”, aquí fue en realidad una guerra caliente que implicó golpes de Estado, invasiones, bloqueos, magnicidios y todo un abanico de tareas de desestabilización. Es precisamente ese carácter el que ha dotado también de contenido a la actual integración, articulada, además de con la identidad común de la historia y de la identidad común sembrada por los libertadores, también gracias a esa condición de víctima común que le ha infligido durante más de un siglo los EEUU.

Sin embargo, una de las enseñanzas legadas por el socialismo del siglo XX ha sido la certeza de que **no existen modelos únicos que puedan ser repetidos** en cada lugar. Ese error ha sido propio del pensamiento moderno (lineal y eurocéntrico) y alcanzó tanto al socialismo del siglo XX como al capitalismo empeñado, a través de las recetas universales del FMI y del Banco Mundial, en homogeneizar al mundo para circular mejor en su modelo de mercado mundial libre. Muy al contrario, corresponderá a cada país definir su transición hacia modelos de mayor inclusión. Sólo cada país sabe cuáles son los pasos convenientes para alcanzar sociedades más justas y libres, cuál la oportunidad de determinadas medidas o el acierto que supondrá acumular fuerzas hasta que llegue un momento con mayores probabilidades de éxito. No olvidemos que, como veíamos, la reconstrucción de la hegemonía dependerá de las condiciones que en cada país tenga el sector público (especialmente el Estado y las instituciones de regulación social), de las garantías existentes para la reproducción económica, y también del éxito a la hora de alcanzar un nivel de conciencia compartida acerca del tipo de sociedad que se quiere y se busca.

En el discurrir de América Latina vimos cómo modelos que habían ordenado la emancipación en Europa o en Asia no iban a servir sin más en nuestro continente. La irrupción de la teología de la liberación a partir de la obra del peruano Gustavo Gutiérrez en 1971 (*Teología de la liberación, perspectivas*) sirvió para entender que había un sujeto revolucionario que no se agotaba con la clase obrera. Es indudable que los trabajadores son los representantes de la contradicción principal –la que constituye la confrontación capital/trabajo-, algo evidente si se considera que bastaría con que parasen todos los trabajadores para que el capitalismo colapsara. Pero eso no significa que la subjetividad obrera, tal y como se ha construido durante el siglo pasado, sirva para representar a toda la población. Por eso, en la Revolución Bolivariana hemos preferido hablar del pueblo como sujeto y como el principal actor. Un pueblo organizado, consciente, participe de una identidad nueva que afecta a Venezuela, que vuela más allá, que sueña el fin de la explotación, pero también una sociedad emancipada de otras opresiones de raza, de género, de edad, geográficas, etc. Una de las tareas del socialismo bolivariano

tiene que ver con la reconciliación del mundo del trabajo con todas las demás subjetividades propias de nuestra historia y nuestros rasgos como pueblo.

Por una Nueva Cultura Productiva

No pueden entenderse los rasgos de la transición bolivariana al socialismo sin partir de la condición rentista de la economía venezolana. Pese a que el sector público sólo participa un poco menos del 30% del PIB, la lógica petrolera ha impregnado toda la economía del país. Esto implica la inexistencia de una burguesía nacional – por el contrario, existe una burguesía rentista-. Como ha recordado recientemente el Ministro del Poder Popular para el Trabajo y la Seguridad Social, Roberto Hernández, sólo el 12% de la fuerza laboral está afiliada a los sindicatos, al tiempo que aún queda mucho para poder afirmarse que la fuerza sindical bolivariana camina de la mano. De la misma manera, y como bien se demostró en los sucesos del 11 y 12 de abril, existe en Venezuela un sindicalismo vertical ligado al antiguo aparato estatal y a los sectores económicos rentistas. Igualmente, vemos todavía una alta informalidad laboral, escasa cultura de cualificación permanente, fuertes lagunas en los ámbitos de salud e higiene en el trabajo o ese alargamiento artificial de la jornada laboral que supone el desplazamiento desde el lugar de residencia al lugar de trabajo.

Esta condición rentista de Venezuela tiene virtudes y vicios, potencialidades y riesgos. Por un lado, permite solventar problemas de acumulación originaria que existen en otros países. Por otro, la falta de vinculación entre el mundo tradicional del trabajo y la riqueza del país, así como la creación de un imaginario colectivo de “país rico”, debilita el asociacionismo, la conciencia de clase y las posiciones socialistas (que a veces se confunden con un consumismo colectivizado).

Todos estos aspectos, hacen del modelo económico socialista bolivariano, un proceso de construcción permanente. Algunos de los elementos sobre los que tendrá que pivotar este modelo en transición son:

- El desarrollo del sector de los hidrocarburos y la disposición de las rentas petrolera en función del desarrollo nacional y regional
- La asunción del debate entre rentismo vs. desarrollismo, lo que implicará el desarrollo de las fuerzas productivas no petroleras para la redistribución no rentista.
- Unas relaciones de producción que trasciendan el capitalismo de Estado (y que se logran no a través de la nacionalización de las fuerzas productivas sino a través de su **socialización**). Esto nos lleva directamente a la discusión acerca de las formas de propiedad (social directa, social indirecta, comunitaria, mixta, privada) y los diferentes derechos y deberes que incorpora cada una de ellas. Nótese que decimos “derechos y deberes”, desde la óptica de que las formas de propiedad que

tienen origen público, deben mantener algún tipo de control que garanticen el uso correcto de un bien que originariamente pertenece a la nación (piénsese, por ejemplo, en formas de usufructo en vez de en formas de propiedad). Hemos visto más de una ocasión en que la entrega de propiedad pública a trabajadores, lejos de generar conciencia socialista ha generado egoísmo de nuevos propietarios. El socialismo del siglo XXI debe trascender esa limitación propia de lo que tradicionalmente se ha calificado como *pequeño-burgués*.

- Formas de organización de la gestión económica, dirigidas por la eliminación de la explotación y la autoorganización de reelabore y dignifique el hecho laboral.
- Construcción de una estructura económica donde convivan, en una fase de transición cuya duración no puede determinarse, la economía estatal, la economía privada y la economía comunal, apoyándose desde la institución estatal el desarrollo eficiente –eficiente, esto es, que garantice, además de unas nuevas relaciones de producción, la satisfacción de las necesidades sociales- del sector social de la economía, yendo más allá de ingenuas pretensiones de construcción del socialismo que no contemplen la correlación de fuerzas nacional e internacional, el grado de conciencia real de la población y las experiencias que invitan a asumir maneras diferentes de construir el socialismo.
- Diseño e implantación de instrumentos de redistribución de la riqueza nacional y de apropiación de plusvalía.
- Generación de relaciones de producción que trasciendan los conocidos formatos del Capitalismo de Estado.
- Acogimiento de un sistema de cuentas nacionales que expresen la realidad venezolana más allá de los patrones de registro neoclásicos del FMI y el Banco Mundial, esto es, de la macroeconomía neoliberal.
- Implementación de un sistema de precios que actúe como patrón regulador de la ganancia socialmente aceptada.
- Adopción gradual de un mecanismo tributario progresivo, que trascienda la lógica capitalista de impuestos indirectos, donde los que más tienen más aportan.

El papel del Estado en el nuevo sistema económico venezolano

El Estado ha sido el instrumento político por excelencia. El neoliberalismo, pese a su retórica antiestatista, utilizó el Estado para garantizar la tasa de beneficio del

capital, en especial del capital financiero. En el modelo bolivariano, le corresponden al Estado, sin duda, funciones reguladoras. El mito del mercado autorregulado ha estallado, cayendo los escombros encima de todo el mundo. Pero el Estado no sólo regula, sino que también aplica políticas activas. Son precisamente esas políticas públicas donde Venezuela ha demostrado una gran versatilidad a través de las misiones (políticas públicas participadas popularmente).

El Estado va a seguir siendo el **gran regulador económico, así como el gran planificador**. Va a interactuar con aquella propiedad privada que tenga compromisos nacionales y va a sentar las bases para que las diferentes formas de economía social vayan tomando un espacio preponderante. No será un **Estado paternal** que ahogue la iniciativa popular ni caiga en comportamientos dirigistas que no escuchen las orientaciones de la gente, sino de un **Estado maternal** que organice, planifique, cuide, pero que deje crecer.